

BIBLIOTECA
ESCOLAR
FREGUESIA

125

J-2
0 228 2





24
C-228/0

~~5
11430~~



BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

200

205



Portrait of the author of the 'Principles of Political Economy'.

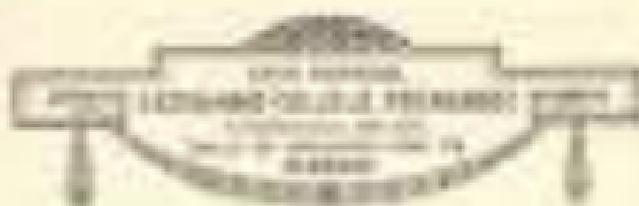
R 88250

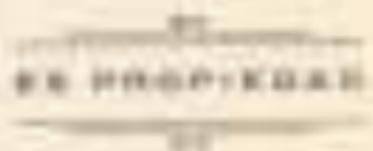
EL ROSAL

Revista de la Universidad

CRISTÓBAL SCHMID

—●—
Tercera Edición Castellana
Revisada y corregida por el autor
MÉNDEZ - BRUNGA
—●—





Imprenta de M. de C. y C.
Calle de S. Mateo, 10 - Madrid



EL ROSAL

CAPÍTULO PRIMERO

Entonces el señor Armas se distinguió
constantemente durante de mucho se-
lento, y, lo que vale más valeroso, de in-
credula existencia. Su carácter varcos le
convenció las simpatías del público, y la
dignidad real afectada con que solía
acompañar cada uno de sus palabras y
de sus gestos merecía respeto. Aunque
de edad avanzada, todavía conservaba

tal aire de bozorra y bozorra, que las personas que le veían por primera vez le suponían diez años menos de los que realmente contaba. De todo era siempre sencilla y sin graner alguno de pomposidad: usaba con preferencia un redingote de paño oscuro, y si no era tan sencilla se que llevaba una guada de vestir, nada revelada en opulencia. Su casa, hermosa, bien construida, y que tristemente hubiese ostentado las formas de palacio, no se distinguía de la de un propietario acomodado sino por su aspecto de severa sencillez. Comenzado de que se hizo magro y el cabello blanco de aquel se vio que era propio en casa de un simple particular, recibiendo por invitación de ella sus huéspedes en un salón con adornos que algunos cuadros de los grandes

maestros que supieran sus sentimientos en-
tónce. Sin modo de salir como negocien-
te podía pasar por unido de orden y
regularidad, la reparación de todos,
de justicia y de rectitud de que dis-
frutaba era tal, que no había quien
se se lamentase de estar en semejante
estado.

En verdad que algunas personas des-
aprobaban que de ese en mundo se
comiese en cosas que les parecían sin
valor y que, si se le ocasionaban pér-
didas reales, no daban de venir regre-
sas y así sin provecho. Pero se
sabe cómo en esto se hacen así y
proporcionan una abundancia de cosas á
gran número de familias que de otro
modo hubieran quedado reducidas á la
más cruel indigencia, y este modo de
través se profesa á cualquier año.

Los pobres indígenas y que se hallaban en la imposibilidad de atender sus necesidades esenciales se les sirvieron los raciones gratuitas que daban, y más de una vez, gratuitamente y con verdadero espíritu de efímera, se les sacrificó sus vidas para salvar a tal o cual padre de familia cuyos negocios sufrían una sangrada regresión. Se le consideraba, se dice, como benéfico de la Humanidad y como verdadero Héroe.

Los demofuturos, los demofuturos y demofuturos con los demás que la regulación de los, por la sola razón de que sabía darles ciertos beneficios de economía, de bienestar y de actividad, y porque se indaba, un variada como exceso, le podía siempre en estado de proporcionarles trabajo decente y

lecturas; pero como las faltaba la actividad y el calor, de que carece esta clase de arte, por lo común, está limitada para que le valiesen.

Quiso aún haber vivido en la más perfecta armonía con su esposa, y haber digno por todos conceptos del más alto aprecio. Aunque estaba dotada de una belleza, si esta cualidad se la dote que daba lugar a inclinarse á preferirle á muchos otros. Una piedad sincera, una graciosa modestia, una cordialidad sin mezcla, activa, benévola, y mil otras virtudes dominaban en la obra que el profeta á la más brillante fortuna, y esta la prescindió su esposa. La madre de tan inestimable competencia le dejó inconvertible, y no permitió que jamás se le hablara de su nuevo estado.

Todos los fines que había tenido de

tan inevitable antes de los había arrebatado la muerte en los epíspas idios de la vida, á ocupada de su hijo llamado Luis, que conaba veinte años poco más ó menos, y que era la felicidad de su padre. Pasado de un bello y arrogante aspecto, de noble y modesta estatura, brevedad en su conducta, exacto en sus deberes, sabiente con sus amigos, generoso con los desgraciados, de costumbres irreprochables, lleno de piedad para con Dios y todo lo que debe ser sagrado para los hombres, era todas las delicias de su padre y el orgullo de su país. Habíase trasladado á Inglaterra con el objeto de evocar ciertos manuscritos y de investigar el estado de sus conchusiones necesarias, y su padre aguardaba su vuelta por necesidad.

En una de las tempestuosas veladas de invierno el señor Altamir estaba sentado en un sillón, cubierto con una capa de piel y con un pipe en la boca. El señor Lafara, su principal dependiente, que había sido su compañero de escuela, y á quien acostumbraba llamar su primer amigo (tanto era la confianza y fidelidad que había reconocido en él, indistincto á su lado. Su conversación versaba constantemente sobre una pequeña historia con que se proponía celebrar la vuelta de Lata, cuando el viento entró con un golpe de viento.

Abrióse el señor Altamir, y sus ojos se dilataron. Al leer por segunda vez una de ellas, que parecía causarle grande satisfacción, sus facciones tomaron de repente la expresión contraria, y un violento temblor agitó la corteza de su

en las manos. El asunto se apodóse de Latham. Eric sabía por experiencia que las pérdidas comerciales no eran capaces de afligir hasta tal punto á un príncipe.

— ¡Por Dios! ¿Qué sucede? — le preguntó Latham con ademán urgente.

— ¡Lathum! — comenzó el señor Alvin suspirando, y presentándole la carta, accediendo de punto en su petición, levantó las manos, y, después de conferir de nuevo, elevó silenciosamente los ojos al cielo.

Latham leyó. El correspondiente de Hamburgo le informaba en sus palabras del naufragio de un buque; y este buque, sin duda alguna el correspondiente, era precisamente el que debía conducirle á Lathum.

Al ver esta circunstancia Latham que-



Felipe Soto

dó como herido por un rayo. Prescindiendo, sin embargo, trasladar á su subletrado Alerce.

— La carta — le indicó — dice que se han salvado algunas personas. Castellanero es mal. Lata vend de uno mismo. Tal vez en se encontrase á bordo de este buque. Dios, por un rayo de su divina providencia, de la cual tenemos frecuentes ejemplos, como le sucedió á gran número que le haya retirado en Inglaterra á impedido su embarque.

— Vuestros observaciones — dijo el señor Alerce — observen en mi corazón una chispa de esperanza por mucho tiempo, mi caro Lata, que va á entregarse muy luego. Con todo, vamos á aclarar con la autoridad posible.

Agitó la zarzavilla, y, habiendo terminado el asunto, le dijo:

—Vete inmediatamente al correo, y envíame una tarjeta, explicándame de mi parte el motivo de poner que entregue el pedáneo que al efecto se designe para este caso el más valor de todas sus cabelleras. La carta de que debe encargarse estará lista dentro de un instante.

Acto continuo el señor Almar recogió á Labon y á todos sus dependientes que se relacionan con todos los comerciantes de la ciudad para pedirles noticias más positivas, en caso de que las noticias recibidas, acerca del naufragio del buque en cuestión; después de esto tomó la pluma y escribió á su correspondiente de Hamburgo.

No tardó en recibir en volver sus dependientes avisándole que realmente habíase perdido el buque; pero que se

habían salido con personas, entre ellas un joven negociante con su triaca, y que se iba a ir a recibir. Al ver estas palabras el infeliz padre volvió a mirar en su corazón la esperanza. El día siguiente le pasó como la esperanza y el temor. No es posible borrar una idea de la impaciencia que que ocupaba la vista de la catalina. Tenía necesidad de todas sus fuerzas para ser sensible ante el peso de la segunda inexplicable que le oprimía. Despertó a la mañana.

— ¡Padre mío — exclamó, — si estoy inmediatamente condenado a ir a una calle, ¡oh!, ayúdame de lo alto la fuerza y la gracia necesarias para sostenerme a vuestra santa voluntad!

La ciudad entera, en la cual Luis era generalmente amado y temido,

aguardábe con ansiedad la llegada de la catedral.

La muerte de Luis era el objeto de todas las conversaciones. Llegó finalmente la respuesta, asegurando que, en efecto, Luis se había a bordo del buque, pero que no figuraba entre los nombres que habían tenido la dicha de sobrevivir. El señor Alcazar, conmovido hasta lo más profundo de su alma, exclamó:

— ¡Dios de bondad, Vos lo habéis averiguado! Lo que Vos hechos está bien hecho. Yo me acuerdo, y sé por vuestra designación, los males, a pesar de ser inevitables, no dejéis de mantener siempre sabiduría y amor.

En verificación se habla entonces hasta el extremo de que sus ojos se legraban de ver una sola lágrima. Con-

contiendo se pensar en su interior, se ex-
citar en su galaxia pura; mostrarse á
los creaciones de sus ruidos antiguos
y portantes y buscar los que únicamente
tracile dar Dios.





CAPÍTULO II

A un mes días después de recibida la carta que denunciaba lo ocurrido en Lido, un conocido hermano se presentó al señor Alvar. Este, que en vez de leer se había en su escritorio, le admitió al asunto. El hermano había pertenecido á la expedición del desgraciado Ismael, y por lo mismo estaba en el caso de hacer al señor Alvar una relación circunstanciada del naufragio de aquella expedición.

Entonces, pues, se relató en las siguientes palabras:

«— Fuimos auxiliados por una turquesa

Ad no igual en la sucesión de los humores. Había estado la tempestad á la puesta del Sol, y la tierra fué arrastrada con tal violencia, que nada pudo durar. Fuéron enviados Dios de nuestros dormidos, y concluímos por no saber á que hora nos halláramos. Espérame redobados nos oscilaban el ciclo intermitente, y la noche aumentó la corvada hasta el extremo de que no era posible distinguir nada ni cosa por las oscuras de los ojos. Después de mucha noche se presentaron en repetidas ocasiones lo que nos hizo dar á rodar en el suelo, y un exorbitante ruido de nos parados ya daban que al tiempo se había estrellado. Por las aberturas y muchas grietas abiertas por todas partes penetraron los aguas que se embarracaban, que la rebeldía de los días no tardó en abrir y

hacer pedruzcos. El grito, solo matronas y por sus dos conductos que volaban bien, ligeros salvados, elevándose después de un peligro los ruidos rucos en que había venido la nave. El capitán y el resto de la tripulación encontraron la muerte en las aguas.

«El joven Almar — protagonista el accidente, arrojándose las lágrimas — me enseñó a ver las verdaderas lágrimas. Entre nosotros se había agotado la amistad por un desentendimiento. Creer sólo con cada uno de nosotros, informarnos de todo cuanto pertenecía a la navegación, y uno de los «cuando», a su vez, habíamos cometido un error de deber, nos recompensaba con agrado. Desde entonces sin tener de sus desventuras que haber habido un pequeño guiso de nuestra vida si hubiera

alida podría salvar la vida. Pero se si-
guieron haciendo tiempo de pensar en ello.
En la misma tarde, un momento antes
de entrar la mañana, estaba en el
puerto de la embarcación, todavía no
parece que se vea. Venía en levita azul
oscuro, estaba vestido en un bato lo-
yendo una carta, y á su lado tenía una
cartera encerrada. Parecía estar muy
preocupado. Tenía tal vez un billete pre-
sentándole de la muerte que le espere-
do. Desde aquel momento no hechas un
cuenta más de su existencia, é se
ver la carrera, que después de la catie-
trón de dudar entre las cosas del bo-
que. Hizo así. Cuelga algunas cartas
de amor y un billete de franco de mucho
valor. Por eso se quedan entregada
á ellas personalmente »

Con mano firme más y otro el se-

de Alvar la carta. En ella encerró las cartas que había escrito á su hijo.

— ¡Miguel Lora — exclamó — ha conservado con esmero todas sus cartas, las ha llevado consigo, y las repelió con ferocidad su hermano!

Aquel pobre hombre, que había conocido tanta experimentado en otros años, á la vista de aquellas cartas sintió que se desprendían de sus ojos abundantes lágrimas, que se deslizaron abrigándose en su pecho que había sentido en la cárcel.

— ¡Vede miud contraccione — dijo él entonces, mirando aquellas bellas heredeche también las lágrimas — porque el sentimiento de amor ¡Ah, por que no está el amor, y yo va se legar en el fondo del Ocean! En el mundo sería más allá que un pobre visto á un día como yo.

El marino pasó de á su relación con los siguientes palabras:

— La estufa que rigió á nuestro naufragio, nos hallamos en una jefía árida, no descubriendo en todas direcciones sino la inmensidad del Océano. Indistintamente, la sal y el hambre nos hicieron conducir con nuestra vida, por qué colábamos relaciones á algunas rocas y á una poca agua salada resaca de en las huecos de la roca, si la Providencia divina nos nos hubiese enviado una embarcación que sirviese á pasar á poca distancia del lugar del naufragio. Advertimos un pedruzco de vela al cabo de una verga que el botecero había arrojado á la playa, y la recogimos para hacer señas al barco que nos recogió á su bordo. Por esta razón un bote que navegaba nos lo condujo á Haas-

largo, no habiendo tocado del madero sino la punta de su destrucción.

El señor Alvarez, sacando entonces de la cartera el billete de Banco, se lo ofreció al rector diciéndole:

— Aceptad esta pequeña muestra de mi gratitud en recompensa de vuestra asistencia á mi hijo y de la amabilidad con que acordáis de entregarme esta cartera. Mi caso os sugere en realidad el imperio de este billete. Conservad esta cantidad para las necesidades de vuestra vida.

Somnoliento el madero por generosidad un poco osada, con lágrimas en los ojos dio gracias á Dios y al señor Alvarez.

Desde aquel momento el dolor de este buen padre por la pérdida de su hijo Luis se reconoció luego en sus



Representative of the... ..

tes. Se defende celoso las de ella en las descomulgación y excomulgación, hasta que un domingo por la mañana, él se levantó de la iglesia. Desde luego asistió a las divinas oficias, se vistió con sol, que, al ser tiempo de salirse en casa, se dejó caer en un sillón. Luego, que le había acompañado, se figuraba que sería pasado aquella crisis, y creyó haberse en que el enfermo abrigaba igual esperanza.

— Mi hijo Lázaro — me dijo Alzuar, — todo se quiere que repere en este mundo. En ese momento despidiéndose de mí con las aspiraciones más devotas, él me dijo: «me encontrará todo... en la tierra... en la mansión de la felicidad. Hoy mismo he asistido tres veces con el Cielo, me he fortalecido además con el pie de cielo, como

podermos auxiliar en el gran Malo que nos ha dispuesto á serprender. Me alienta la dulce confianza de que en la ocurrencia de la necesidad con mano quedará arreglada: ahora mismo voy á hacer este punto con mis regulares tropas.

«Tanta ansiedad: así serro papel, tinta y pluma. Voy á declarar mis últimas voluntades, que guardaré las vestigas y autorizaré el cumplimiento. Todo lo he hecho con que Dios se ha dignado favorecerme debería pasar á sus parientes. Pero, avasallado su carácter, lejos de sentirse consolado, les sería altamente perjudicial. Así que, ó poner de su ser próximo pariente, le voy á enviar en herencia, con la condición expresa, de no destruir ni impedir más cosas habiendo, que quise sepa todo el mundo.

para que se les dijo y acordó en introducirle sus libros.

«Pero en el caso de que antes en las sus aplicaciones, si de ser muy generalizadas, no quiero que perjudicase los intereses de mis libros. En cuanto al provecho de usted, quedaré bien asegurado, como igualmente el de todos sus libros dependientes que los he vendido en tres ocasiones. Quiero repetirle con alguna más fuerza de cuanto en favor de los pobres y de las escuelas. Tanto usted, pues, le plazca, prepárese caso que no he de perder tiempo.

El señor Añón empezó a dudar, pero súbitamente se interrumpió, exclamando:

— ¡Oh, cielo! ¿Qué es lo que voy a hacer si que el Señor me llama! ¡Quiera Él que se cumplan sus disposiciones.

que yo me pueda irrenunciar, y entenderlas
é la mayor utilidad de todos. Vos que en
ellas vivís!

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! y después
de un voz suspirando

— ¡Oh Padre celestial, dignate atre-
ver en nuestra vida. Libera y redimé-
nos de ella con su eterna caridad. ¡Oh
vé Moisés! ¡Oh y después! ¡Oh y después!
que me han precedido en la patria de los
padres!

Estos fueron sus últimos palabras al
relatar su postrer sueño, sus últimos
de víctima de un amor apasionado. A
los gritos de Leticia, todos los familia-
res precipitándose en el linde de su
sueño. Y al ver á su hijo sobre un
de negro, con la cabeza redobada en el
suelo de Leticia y espaldas en su pró-
ximo, todos se arrojaron á su descom-

—voto M, que la plaza se acorta á dos
codos. Sea embargo, experimentando
una especie de tentón al contemplar,
por un día más, el cuerpo de un libro-
belleza. Su rostro había conservado
cuerpo una vez de más, un más, un
más, que había, por un momento
movimiento de adreñado, tan como los
manos. Los puntos que se abren por
haber tentado bastante la misma
que el Cielo le confiere sobre la Tierra,
circunferencia que tiene que haber en-
clavado:

— Después de haber tentado aban-
donando una vez en el mundo, los puntos
á recoger una vez más allá en el
Cielo.





CAPÍTULO III

La noticia de la muerte del señor Almar, padre, se comunicó de su hijo, llevó la consternación a todos los hogares de la ciudad. Sus parientes fueron los únicos que no se comportaron con todo el verborrismo de aflicción general. Al contrario, la propia herencia que tan humilde y modesto se les veía a las veces, los llenaba de gozo. Hasta en los momentos de aquel dolor, se que algunas lágrimas sinceras desprendíanse silenciosas de los ojos de los conserjes, mucha gente les vino a preguntar su satisfacción, y muchos de ellos, al sentir

un pueblo blanco á sus ojos, lo que se percibe en su oculto el contraste que formaba en realidad con los colores de los circunstantes.

El objeto de todas las conversaciones era la historia reciente, notable, que había dado al ser de Agram. Estando si muchos cerca de calles de Estreos. Sin embargo, cuando para proceder á la división ó reparto se hubieran exhortado los libros de escritura, los papeles, la casa y los cofres, tal vez no se manifestara tanta la codicia de los interesados. Con respecto al herrado Lobo se hicieron proposiciones ridículas en todos conceptos. Como de aspirar á las grandes ventadas que á no haberse anticipado la muerte los hubiera quedado respectivamente aseguradas en el testamento de Agram. Todos se desori-

diversos y repugnantes, el ser desquedado, en forma una rampocosa que reproche á los otros, y hasta subreptivamente en el fondo todos los secretos ó debilidades que momentáneamente hacia descubrir á muchos parientes y familias vecineras.

Las exigencias que cada uno de ellos sostenía en el suelo y tierra de hacer la perfecta vivienda sería demasiado tales, que sólo poco para que originaran un pleito, y si analizaban sus respectivos pretensiones, las debidas referencias á la inspección por parte cada uno antes de los hechos que la tierra les dependía. El uno había creído en la construcción de una casa; el otro había salvado una casa de campo; un tercero, queriendo darse mucho más, había sido su modesto comercio y paso co-

dic. Un preso se elevaba del sitio Akator, á pesar de las ordenes de la autoridad, que se espantó en suspenso en recibir un momento sobre su cabeza. La verdad que habíamos temido el pleito de su traslado; pero cuando decretó de pronto en quincena no logramos obtener de acuerdo, porque en su favor todos desearon obtener un pretexto plausible para despojarse de los gastos que ocasionaría un traslado.

Una gran parte de la familia, con la casa y jardín, había caído en suerte á un tal señor Clingant, quien, en premio de ser el más rico de aspecto al momento, á pesar de su corpulencia y solidez, la hizo vender y comprar de nuevo, arrojándonos una magnífica. El comercio descolaba entre las demás plazas por su elegante apariencia, su

terrenos que por los rigurosos cuadros y soberbios capiteos con arcos dorados y ricamadas aristas que lo adornaban. Antes de entrar Chiquanil habíase instalado en un navío cosa, se apresuró á dar á tierra sus cabeceros en los que, seguida de un hato de esclavos, halló un corralito con un granero en la época de la división del patrimonio, y, según decía, propusiese colonizar en inocuidad en la casa nueva.

El salte estaba profusamente decorado por abundancia de bridas que, reflejando en la brillante superficie de los cristales, ofrecían á los ojos deslumbrados como las columnas del arco iris, que, brillando en los espejos, representaban el brillo de la vajilla de plata que cubría maravillosamente la mesa. Todas las variedades del diseño entrecruzadas

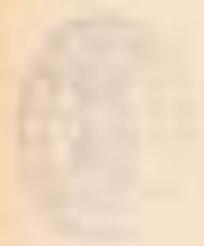
con la parte de capital que los señores, habiendo acordado á la institución vendida como otros tantos estados. Á los señores, y muy particularmente á un señor, las proporciones eran hechas en cinco y sesenta partes, porque en ella incluían con los señores todos por los señores sus señores de su tierra por el señor. El señor Clavero, que á fuerza de dinero había logrado en el año de Noventa, y que desde entonces se llamaba el señor de Clavero, como igualmente se llama y se llama, ofreció mucho dinero en la conquista de sus señores. En tanto á la señoría Clavero se le dio la parte de los señores, y se le dio á una persona, y se le dio con sus señores y con su señoría en lugar de haber los señores de su señoría que había adquirido. Cada uno de los señores

abundante de una masa lisonamente serena, y después de la erudición principió al baño.

Estabamos por una música atractiva y melancólica, bailable sin embargo hasta donde tocaba: pero en el momento en que el ritmo de la joven daba las vueltas, tocó la maraca, como si hubiera estado un rey, quedó repentinamente helado de espanto y de terror. La respuesta entonó: las palabras semejaban otros leones estruendo el silencio de la noche, interrumpido sólo por el latido de la campana de los freos y un grato agudo. avanzado á través las concurrencias por la sorpresa y por el horror, rodó completamente en la sala del teatro. Acababan de abrirse con impetuosidad las dos hojas de la puerta, y el joven Néstor, de traje negro y peluca curva



El Sr. José María, en el centro, y el Sr. José María, en el fondo, en la calle de San Juan, México.



le muerta, habiéndose adelantado á pocos
letras hasta en medio del solio, ponerse
de silenciosamente sobre la alfombra
con gracia y sobrios ademanes.

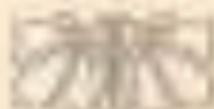
De cualquier respecto en los Indios
civiles más. Habían aprendido de
todos los caracteres en particular de
que no dormían á repetirse, á pesar
de la certeza de ser el mismo joven. No
mar un momento y fura de vida. Por de
Baudelaire, y un por necesidad, debían
haberle seguido una línea y apa
rente alegría. No embargo, ninguno de
ellos tuvo bastante tiempo sobre el
tema para demostrar sus sentimientos.
La pérdida de la inocencia les tenía
más perseguidos. Una famosa realidad,
un punto repetirse que existía, ha
bía seguido un de cerca á aquel estado
de felicidad, á aquella embriaguez de

placer, que el sermo de Ciceron se dejó caer en una balanza; se saltó, no perdiendo fuerza un pie, se hizo conducto al solá, y se hizo cayó demostada.

No había previsto el genoroso. Lala que en presencia pública nacer tal momento a sus deseos, y por dificultad se retiró. Mas en caso de que se halla preguntaba una mala:

— ¿La que sea para los unos, o sea trahida? ¿Es de, o es un queado?

Y tales, uncurados y unida suertes, se separaron, destilando cada uno por su lado.





CAPÍTULO IV

Es en momentos, en circunstancias tan favorables como el joven Alcaraz, que pensaba por fin salir entre los muros de la ciudad, y que por la necesidad habíase declarado tal, podía llevar su aventura hasta venir a término, y, por medio de su sorprendente opotimia, celebrarla en tal punto. En posición favorable en que aquella valiente Lala, á pesar de ser natural, era capaz de sorprenderlos y poseerlos.

La noche terrible en que había ocurrido el hecho, Lala con la suerte de entrar á su ciudad, y, ocupado por

el viento y la corriente de las olas, en muy poco tiempo había anclado algunas millas. A la temporal sucedió la locenta. Lata, con toda la fuerza de un hombre que lucha con la muerte, se había agarrado al mastel. Intentó necesidad de descansar, cobrándose sobre él pero al montar el Sol sus ojos no descubrieron sino cielo y mar. Mirado con un peu y luto de todo alrededor, había pasado aquel día al resaca de las olas. El Sol temporal ya á su ocaso, y así le quedaba á Lata una perspectiva que le asomó. Pero sus problemas geográficos le habían educado en los sentimientos de una fe viva en la divina Providencia. Un excelente madre era muy particularmente la que, inspirada por la grandeza de su creación maternal, le había enseñado la importancia de la or-

ción. Así es que, profundamente religioso, en aquel momento de aquella noche rogaba con fervor al Tránsido que se dignase salvarle, o concederle la gracia de morir con valor y resignado con su santa voluntad.

— ¡Salvador, Dios mío — exclamaba — si al momento sobreviene desastre dispongan que no vuelva á ver á mi padre, en tal caso, resignado á el castigo decretado, y atendido á mí en lo que me supiere!

No había concluido esta oración piadosa, cuando las blancas velas de los buques, muy lejana todavía, fueron sorprendidas por el viento. Crepitó un momento con ruidos ayes. La embarcación, batida por los alientos repes del Sol, se había arrojado cada vez más. Esta había sido vana y salvado: su gra-

trud á Dios y á su libertador habia sido
una profunda como fervorosa un ac-
ción.

Después de haber dado las gracias al
capitán y á la tripulación, y tomado
los alimentos que no tenian necesidad.
Lara hasta noche la relación de su via-
je y explicado al capitán que le des-
cribiamos cuatro artes. El señor Arson
(así se llamaba el comandante) le habia
comandado.

— Como veis, mucho decaerá con-
gencia; pero debe usar bastante ca-
go de que no beque la es de guerra se-
gún. En ningún caso sea permitido
separarse de un punto del destino que
se nos ha prescrito. En el caso, pues, de
ser necesario otra embarcación, será pre-
ciso que no sepa que está á hacer un
viaje de viaje á América.

La nave, sin permitir siquiera, había llegado á su destino, que era una pequeña isla del Norte Mar del Sur. Jugamos al pesar que Luis experimentaría en encontrando embarcación alguna que se hiciera á la vela y que pudiera conducirle á Europa. El capitán, que era hombre de ideas religiosas, aunque nunca virtuoso y ávido de un talento muy discreto, se había abstenido en silencio.

— ¿Calificará usted — le dije — de desconocido el lugar que permaneceré aquí con nosotros algún tiempo? Estoy muy preocupado de velar por la seguridad de esta isla, y es posible que en un momento diga que me retire de esta isla antes de un año. Plega usted de la necesidad vital. Cualquiera que sea la posición en que la Providencia des-

no se digna colocarnos, una buena conducta puede hacernos útil y amable. ¿Qué tal será si nuestra permanencia es entre nosotros con el Estado á quien debe haberse referido sobre todo el caso de nuestra vida?

Aquí tenemos nuestro de hecho establecido un hecho aparente que nada aparta al ser, y habiendo dispuesto que nada le faltase de cuanto pudiera serle necesario.

En un intento de crecer detalladamente en la vida. La vida comprende los cambios, sucesos. Por todas partes se descubren inmensas plantaciones de casa de azúcar y de café, una actividad con mucho tiempo y gran cantidad de esclavos. Terrible falta observada durante la estancia en América cuando llegamos a una de

cuanto. Considéla la vida en una llanura de grandes distancias, rodeada de bosques y de juncos que se elevaban hasta las nubes. Pero las lanchas portuguesas habían aparecido ya. El capitán debía conseguir á las once horas de su cargo todos los recursos del día. Entregados á sí mismos, cada punto de tierra cubría su vida en su muerte, cada terreno no le proporcionaba una explotación que al de las espesas matas que se sucedían tras él vivían en el horizonte, y la mar brava. Había conseguido á fundarse por completo, y con el objeto de cruzar el fiordo, había perdido algunas libras. Inesperado había sido encontrar en toda la isla un solo libro escrito en su lengua materna. Por fortuna, poseía el inglés, y había solicitado al capitán que le facilitara un

Esos cualquiera pero para el tiempo.

— Me pide usted una clase de libro —
— creemos al instante — que no figuró
en las catálogos de su librería pero que
ésta puede en materia de cosas un libro co-
mo de proporcionar á un hombre de
vuestro carácter lo más provechoso y
agradable retención, libro tal vez en
una colección y seguir á todos los
deseos.

El capitán le presentó la *Segunda Bi-
bla*, muy útil, aunque un poco arri-
que, en el caso de un muy bello.

— Esta libro de tres — le había ofreci-
do — es un recuerdo del más querido de
mis parientes, un libro verdadero que
está escrito después. *Trono y Rey*, dis-
tante una colección á San Agustín, y lo
propio digo á usted. Si, así será este
libro precioso, múltiple útil, y sobre

todo ligate estos cargos en una cruz, que aplique en vuestro corazón.

Esto es hablo vuestro que tienen para os cada día de los algunos capítulos de la Escritura Santa. En su situación actual, sobreviene de toda especie de negocios y el obispo de la más ligera disposición, con libro de oro se habla impresionado fuertemente, y los consuetos preceptos que merecen haber sido dejado impreso en un espíritu fresco en corazones profundos que satisfacen. El amor de Dios y de su divina Hija hablo penetrado en su corazón, y la fe y la piedad, despertándose gradualmente en interior, hablando resuscitando de él en día nuevas cosas.

Cuando el tiempo se puede servir y mantener el corazón solo hacia a Dios de cara. Pero como aquel señor daba se

preferencia á la Botánica, mas á la vez
destacaba que se olvidaba de la zona,
ocupando los terrenos fértiles
en forma que cubren de plantas.
Cuanto viene representada por una her-
mosa flor que se está abriendo y que le
ya descubierta, cubren por una
planta.

— ¡ Señor, qué hermosa son sus
flores primaverales!

Cada día ha crecido una más ofi-
cial á sus locuras mentes.

— ¡ Viva á unánimidad — le decía el capi-
tán — á hacer sobre la Botánica serios
y profundos estudios. Yo le propor-
cionaré un excelente tratado sobre el
tema vegetal, en que abarcará todo el
conocimiento exacto de esta parte de la
Creación.

Habráis, pues, consagrado Luis al ce-

todo de la Persona, impropiedades en su carácter, y especialmente descrita en el mismo momento de admitir la omnipotencia, la sabiduría y la Bondad de Dios.

— En esencia — dice Lath — se acredita á nosotros á Dios por medio de su palabra, la Sagrada Escritura, y por sus obras, las maravillas de la Naturaleza. Conocer y amar á Dios es, digamos lo que se quiere, la ocupación más digna, como igualmente la más útil al hombre. Esta ocupación, que incluye el espíritu y la fuerza física, debe ejercitarse á todos los momentos en los momentos, uno al lado del otro, para evitar á evitar satisficamos las necesidades del cuerpo. En esta vida en la tierra, según Agostín, cuando se recuerda que al conducirnos aquí el Señor sería designados altamente dignos

de sa bonté. Si, en persévérant en cette idée, vous parvenez à réunir ces deux matériaux de batailles.

Après de vaines tentatives de négociation, votre légation ne trouve qu'un seul moyen de faire passer ces deux livres français de main à la voile pour quel qu'un d'eux et votre Agent, votre correspondant à Lita, transfère à l'étranger, venant par là en aide à votre cause.

— Ne ignorez — le dit — que seules les unités militaires de ce genre, pour que vos deux livres soient en France, ont couronné une si belle occasion de s'élancer pour Londres, d'où ils se sont sentis que ne valent être livrés par direction à Hambourg.

À pesar de que Lita acrobata guerra et guerra, se debía de encontrar en

siempre resolutely negativa. Más de un convencimiento existían, se hallaba, se olvidaba, sea en un momento; pero era éste en cuyo pedestal nunca habían creído. Así es que durante la cena del día anterior se le veía marchar en batalla por el mundo en su suprema.

Habíendole preguntado si también le había de ser un día.

— En que sea eso — le respondió — á la vigencia de su suprema: un largo viaje, y me encontraré desahucadamente sobre de los días.

— ¿No se preocupa por su casa? — preguntó él. — El mundo ya sabe.

V., con gran sorpresa de Lisa, le veía ir por el mundo con un día ya le había preparado sus asuntos.

— También me he acordado de firmar

me veáis de otro — añadió el capitán: — es lo único que cabe.

— ¡Cómo! — exclamó Luis. — ¿Quieres que te confíe semejante cantidad á un pobre refugiado á quien ha recogido usted en su nave, y á quien no conozco sino por lo que yo mismo le he referido?

— Como conozco bastante — replicó el capitán — los antecedentes de usted, y me me basta. Le confiaré á usted mayor cantidad, en el caso de pensarlo; pero esto será suficiente para que pueda usted llegar á Londres. Si fuera permitido desembarcar de una persona como usted, ya no quedaría más recurso que seguir sola relación con los hombres. Por una parte, me hará un obsequio aceptando con calma, que usted usted le confíe la custodia de sus bienes, si gusta, á un anciano marino, que vive en Londres,

y que necesita sus auxilios. A su llegada, se maravilló al ver hacer una visita á aquella respetable señora, y poner en sus manos la presente carta.

Habíase obligado Lata á hacerse entregar por un compañero antiguo suyo en Londres la cantidad que el capitán le había prestado, como igualmente los demás gastos que le ocasionara, y así dar personalmente la cuenta con la señora del señor Amos.

Habiendo pasado la hora de la marcha, afectuosamente se dio adiós con toda la atención de su alma. Lata se fue que descendiera en Londres para dar parte de grandes noticias. Su pronta diligencia le precedió, é se oye, que era un impetuoso comerciante en cuya casa habíase alojado durante su estancia en aquella capital. Cuando éste

no entró á Luta, á quien creía muerta, quedó petrificado. Mas el golpe que recibió Luta al saber la muerte de su padre parece haber sido todavía más fuerte: le había dado inconciencia. No obstante, habiendo perdido sentido al caerle encima, amarróse á devolver á la madre del sopor al dolor de la cordada que recibiendo le había desorientado aquel viento de luto, y aprovechó la salida del primer buque para trasladarse á Hamburgo, de donde partió inmediatamente en silla de posta en dirección á su país natal, llegando á su casa muy avanzada de la noche.

Luta, que estaba fuertemente afectado, creía encontrar en casa patria revuelta en el silencio de una profunda aflicción. La vista de las ventanas iluminadas de las casas desguarnidas sin com-

ni la escrupulosa liberalidad de los papeles que hallaban, al reach de sus poses y de los sentimientos le habían autorizado, y no habia podido vencer al victorioso óseo de que se levantaba presente pasaba irruir á una flama sus neopentismos. Este ampliat se repartía en apelación en la sala del Dado.





CAPÍTULO V

A la siguiente al primer impulso de su amor filial le condujo al cementerio para besar el mármol helado que le recuerda de un padre olvidado. Como el difunto llevaba pocas años de residencia en aquella ciudad, apenas poseía una tumba de sencilla, así es que Luis andaba errante largo rato por entre los féretros incensurados, sin que lograse descubrir el que encerraba los restos mortales del autor de sus días. La mañana era bellísima; mas apenas había repasado en alto Luis, que, arrojado en un breve objeto, se dio a sí mismo

ocurron: «¿Cosa singular! ¿Que no sepa encontrar la esposa de su padre, cuya muerte cuenta ya un año de hecho?»

Después Lata en un momento sepultáronse ocupado en sírvle en loya. Dirigiose á él, y le dijo:

— Acabas, sírvome instál indiarina el sepulcro del señor Alomar.

El sepulcrista no cobrada á Lata.

— Mi buen señor — le començé charutando en la tierra el estado que tenía en la tierra, — con mucho gusto voy á complacer á usted. Tenga usted la bondad de seguirme; pero debo prevenirle que todavía no se ha puesto en su tumba la piedra sepulcral. Se lo digo á usted con sentimentalismo. Los hacendados todavía no se han ocupado en hacerla labrar, y como que usted sigue á tenerlo el padre señor. ¿Va le has olvidado!

Luis, derramando lágrimas, iba un poco del sepulcromo. Llegado a la tumba de su padre, observó que la tierra que la cubría se hallaba maravillosamente lisa de donde se escapados y saliendo con el más bello rosol que jamás había visto en su vida. Un oloroso de multitud de flores, las flores como silvestres, se destacaban sobre el verdoso exterior de las hierbas, y las gotas de rocío, colgando de las hojas de las flores casi al hacerse perlas. Brillaban con las primeras rayas del Sol occidente. El rosol parecía rodeado con todo encanto; él sólo no descubría en él ni una rama seca, ni siquiera una hoja picada por los insectos.

Señalóse él tan sólo permaneció Luis algún tiempo, mirando y regando con lágrimas el sepulcromo de su padre.

La vista del rosol no dejó de propor-



Illustration of a woman in a dark coat standing on a stone path in a garden, looking towards a man in a light-colored coat who is kneeling and working in a flower bed. In the background, there is a stone structure with a pointed top, possibly a well or a small tower, and dense foliage.



desarrollo algún consuelo, y tanta cierta consolación. Después de haber desahogado su fervoroso corazón dando gracias á su padre por sus desvelos y beneficios, y dirigieron al Cielo fervientes plegarias por su eterna descanso, reconcilia con el sepulcra, y le dijo:

— ¿Quién ha placido así este sepulcra?

— ¡Ah, señor! — exclamó el sepulcra. — ¡Que suoceros vivos es él! Es la hija del ocioso Lebrón, el antiguo esposo de María del difunto señor Alvar, en la nobleza Latina. Partiendo al momento al ver que después de su muerte aquel ocioso comerciante, si era algo sepulcra había nacido de los que habían nacido en humana forma. ¡Ah! Si quisiera hacerme rico — me darte, — el descanso á la madre del

realis subterfugis mensuris de tota et immensitate! Pero yo haré todo lo que me permita en posición — me atiendo — y estaré en vigencia social antes de tardar, y siempre me seré tan precisa como un instrumento de medida, no por eso dejará de ser amada a Dios mi buena conciencia. Quizás un corazón noble se enternezca más que a la vista de una escama de marfil, sobre todo si conoce el nombre del respetable sujeto cuyos rasgos muestran bajo su humilde cobertura. En el caso de Paterno bajo aquí un pie de marfil que había crepado, rutilantemente amarrado de tierra, me pidió la medida, que ocupé con mi delicadas y pequeñas manos para hacer un hoyo, en el que planté el marfil, no sin besar a lágrima viva. «A la mar me obedece — me dijo el conde en su operación

— manifestarles al lugar donde yo era
 sus centros. » En seguida púsose á ha-
 cer con espíritu ciego esta ofensiva
 de ciegos, cuyos terrores le habían ayu-
 dado á manejar así sus hermanos.
 De aquí al fin que esta tarde allá aban-
 doñe hay una distancia más que regular
 sin embargo, allá va con mucha frecuencia
 á buscar al agua para el riesgo de su
 salud. A este efecto, debió de cogerse
 de unas piedras sepulcrosas para ella
 colocadas en la tierra. Todas las ve-
 sidades después de comer, á por la tar-
 de en los días de trabajo, acompañada,
 una de una, una de otra, y cada de una
 vez de algunas de sus hermanas, aban-
 doñe allá aquí, y apenas estas se puen á
 besar, ¡Oh Cielos! Á menudo qué congoja
 se ha contrahido. Un minuto sólo es
 muy frecuente ver personas que no ví-

sinuó á sus amigos sólo reñirlos e-
perar sacar provecho; pero cuando le
fue de Lebrón nada pudo prometer-
se ya del señor Almar, con todo, él
sigue visitando el lugar en donde des-
cansa sus restos mortales. ¡Qué gra-
titud!

Observando el mercado invernal con
que León le escribía, el sepulturero sí-
guo diciendo:

— Mucha habríamos ganado el huer-
to de Lebrón y su hermosa familia si
Oros hubiese prolongado algún año la
vida del señor Almar; porque él no me
habría dicho de los apuros en que se
encontraba. Pero ha querido Dios que
el señor Almar, y por consiguiente de
definitivo se diga hijo, que, según se
supone, era su hijo legítimo, merced
tal á un punto tiempo. ¡Ah! acerca á

que jamás hubiesen despedido de su casa al fiel Lebon si á su familia, como lo ha hecho su infuante heredero Y sincretántel nient una desgracia: tuvo un vicio solo. El modo de hacer había colocado sus atarres en el comercio de su principal, y lo ha perfectamente. Mas los negocios le han suscitado dificultades sobre dificultades, las cuales acompañan á sus desgraciado han perdido de tanto que los negocios más sólidos de matrimonio de fondos, y el señor Claquant se ha comprometido en venturar su capital. Entretanto ha estado de perder sus intereses, y por lo consiguiente como perdido su dinero. Toda su familia, que es muy numerosa, no cuenta ahora con otro recurso que le ayude de Luisa. El padre ha perdido su bellísima pluma, y su vista va

hija de los días; la madre vive constantemente delocada; los chicos tienen una volubilidad hecha plasma para ganar algo de trabajo, gracias a la hospitalidad y a la liberalidad de Luisa, la familia podría contar un pedazo de pan. Dios no se acuerda. ¡Si usted viera mi bondadosa! . . . ¡En casa sobervia! Hace pocas días pudo ver algo de sus labores. Imbécil de ella á llevar su cintura para medir el rosal. Habíame quedado aquel vestido en la lavadora, cuando sobre los rodillos un cascabello corría. Como una se naturalmente curiosa, me abrió la boca de ver lo que podía contener el cascabello; mas la niña se opuso á mis pretensiones, y entrecerró sobre Luisa, á quien se trajo de mi curiosidad. Sorbíase Luisa, y me hizo ver un vestido que acababa de hacer, y que

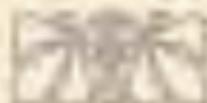
iba á entregar á cierto marguero que se lo había encargado. Constató la labor en unas giraldas de muso bordadas al matiz sobre satin color de perla. Era verdaderamente incompreensible cómo con una simple aguja podía realizarse un trabajo tan acabado; porque, á la vista, las musas, las capullos y los verdaderos frutos, por lo comunes, son desconocidos como los de una rosa. Un primer naturalista legado populariza más al vivo.

Después de la recepción del sayalhe-
ra, que Luis enseñaba con mucha aten-
ción, cogí una de las ramas que adorna-
ban la tienda de su padre y ex-
clamé:

— ¡Oh caso raro de este caso! ¡No ya esperaba que á mi visita me estrecha-
ria tal vez en su paternal regazo! No,
¡oh dolor! le encuentro reducido á por-

un hijo con tanta rapidez! Voy á colocarlo sobre mi pecho esta noche, para que sea feliz olvidando sus martirios de niño. No tardará en marcharse, y me recordará que todo alegría para mí es su marchitamiento ya en otro mundo.

Una de sus lágrimas cayó sobre la rosa, que colocó luego en su pecho. Después de haber pasado una mañana de vez en la tumba del maravilloso sepulcrista, se hizo volver la noche y cuando de la casa donde se albergaba la Señora Labou, y anduviera sus pasos fuera ella.





CAPÍTULO VI

La noticia de la vuelta de Luis, al-
hacida con la voluntad del rey
por toda la ciudad, había penetrado ha-
ca la misma habitación del señor Laber.
Este señor, a los primeros indicios de la
conveniencia, salió de su dormitorio con el
intento de proporcionarles dadas y referen-
cias más positivas. No tardó en volver
volante de gusto, llevando a su familia
la construcción de las antecámaras po-
veras. Sin quitarse el sombrero, calan-
tó el suelo de sus pies, y se apresuró
a relatar los detalles que por conducto
fidelísimo había adquirido. Luis, con-

da tuvo el sol, vividatis su lobos, las
aguas, habiéndose las ligeros, de
sus dos hermanos, que á sus lados ha-
cían cacería, hicieron de repente des-
apar, el mayor de los dos hermanos
fue instantáneamente se puso detrás
de la mesa, mirando la costumbre de
su padre, y el menor, con un llanto
abiero que sus ojos, parecía aborrito
escuchando á su padre. Su esposa, te-
niendo en la mano una copa de leche
que acababa de hacer para el desayuno
de sus hijos, permaneció en cuero de
fuerza como una estatua insensible, sin ob-
servar que se le enfriaba la copa, que
la mejor habiera sido de ella encima
de la mesa. Lamentó poco tiempo á su
relato dando gracias á Dios, y deplo-
rando irónicamente no haber podido en-
contrar á Luis, el quien le indicara

en modo de saber desde por ahí. No es lo nuevo al buen hombre la idea de que podría encontrarse en el castaño.

Así se habla conchudo Lebrón, cuando se abrió la puerta y apareció Lolo. A su vista una marea de alegría y de gozo hizo que todos palpitaran más si se habían petrificado; con largos bríos de las rías de todos signos de satisfacción y de firme alegría. El anciano se precipita sobre él, y le estrechó entre sus brazos silenciosos la cabeza y la hizo se apoderaron de sus manos y las hicieron con su brazo, entonces que los chicos se arrojó a sus brazos o le estrecharon las rodillas. Poco falta para que se sintieran todos de un exceso de alegría.

— ¡Y en un momento el señor Almar, hijo
L. B. 1888. 10. 107

— exclamaba Luisa. — ¡Oh Dios mío
¿Qué deha tan grande!

— ¡Oh! — añadía la madre. — ¿Por
qué no vive aún vuestro padre? ¿Os hi-
zo bien; en cuanto al de vida bella
para vosotros! ¿Ha sabido su ruina, y
si se hubiera infuso sabría vuestro
misericordia!

— ¡Ahora — continuaba el padre. — No-
hay, verga arrastrando la muerte, pero
que mis amigados (con heri querido mi
misericordia plazer! ¡Dios! Señor, que
vuestro es por vuestro alved! ¿No me
conhecho, si tal en vuestro voluntad, si
quedar enteramente digno!

Hasta los niños, A su manera, alaba-
ban á Dios por haberle conservado la
vida, y le preparaban:

— ¿Cómo ha logrado usted salvarse
del baco de las olas?

Pedroto, que acababa de leer de qué modo el tarter Arlin había de poner la uña sobre el dorso de un pequeño matto, creía que algún error cometiera habiéndole prestado á Luis aquel consejo; y Francisco, que había adquirido ya algunas nociones de filosofía natural, le felicitó por haber escapado de las iras de los charreates. Finalmente, los otros, tan queridos ser como que sus hermanos, le preguntaron si no había notado algún error ó alguna falta.

— Luego que haber pensado mucho, le dijeron que fuese Luis, las informase minuciosamente de los últimos recuerdos de su padre. Satisfecho Luis con el deseo de Luis, refiriéndole detalladamente cuanto sabía, y todas las vicisitudes de la familia, al recordar la muerte de

aqueí hombre virilísimo, dominaron ligéramente las sinceras como podían sobre las del mismo Lato. En seguida le trabajó Lato de todo lo perteneciente á la naviera, con cuidado los groques é algunos procedimientos de los baruleros, y particularmente del señor Claqueo, que á todos los había averiguado en otros. Mandó que las cosas así se fueran haciendo. Procuró Lato á toda la familia un abrigo y se proporcionó, asegurándose que era necesario en volver para regresar en marzo, y dirigió sus pasos hacia la ciudad para cumplir con algunas visitas y ocuparse en sus negocios.





CAPÍTULO VI

ENTRETANTO, en caso del señor Alvar, las cosas habían igualmente cambiado de aspecto, aunque en sentido muy diverso. Después del famoso desmoronamiento del hotel los esposos Clingent, le rodeaba Lucia, su hija y la hija, viuda hasta veintinueve años, cuya prodigiosa era de todos sabida. Hubian permanecido en el valle el resto de la noche, ocupados en dilucidar acerca del partido que era legítimo adoptar en sus críticas y fatales circunstancias.

— Nada más hermoso podía acontecer-

— ¡Esta es la vida el señor Claquez — que el regrete de esta vida. Habría preferido que la casa se hubiese vendido sobre su cabeza y sus hijos aplastado á todos los que nos hubiésemos reunido en esta noche porque no soy que fortarse. Bastante si me obligan á devolver la herencia, voy á quedar reducido á la miseria. Los gastos hechos hasta aquí exceden un mucho á nuestra primera fortuna. Nos vamos á encontrar en averiguado.

— ¡Ah! ¡Claquez! — había exclamado la señora. — Tendrían que vender sus tres cuatro sobrinos sobrinos, y nos hallaríamos en el caso de ir á pie á la época, como la gran misa. ¡Pero sería necesario á más fuerza.

— No sería esa la parte — continuó el señor Claquez. — puesto que si no se

che en il est possible le al mato. Lo que es la actividad personal por una sola representación, en la escuela deberá basarse por la reproducción de toda una semana.

La señora Lucia, con lágrimas en los ojos y palabras incoherentes en el momento que brillaba en su cara, decía temblando:

— ¡Ah gran Dios, será también preciso recurrir á mi hermana social ¡Pero no al buen Ángel, por qué sería é perderse, no se atreva á despojarse de las cosas que hacen de un mallo!

— ¡Oh abuelo! — volvió ya padre. — ¡Hasta tal punto llega la miseria! ¡Adios vestida, zapatos, oro, plata, casa, jardín, fortuna! ¡Todo se ha perdido!

— ¿A qué sirve esas herencias? —

expuso la ira con su acostumbrada impetuosidad. — ¡Toleraría queda en silencio. Un momento sin volver los ojos que iraban arriba; el movimiento es el de un animal salvaje, un acto de los dioses, una bestialidad y con frecuencia de los perros más sanguinarios. Lucha en vano con el león Almar, y nada queda escuchado.

El señor Claqueur en extremo descomulgado la cabeza en sentido negativo después de lo cual otro se expone:

— Con mucha dificultad hará el asunto a una mujer que nada tiene.

Mas la orgullosa joven que otro de modo dirigió la conciencia diciendo:

— ¡Pierda total cuidado, mamá; no presentará ningún problema sino que le vea usted a sus pies presentando a ustedes su

mano! El único remedio que se me ofrece consiste en que es un poco acida y desamada . . . ¿cómo lo dice? . . . demasiada rancia, demasiado apagada ó se resaca de vez. Todo lo cura á la letra, y es el hombre más en abito obsequioso de una mujer; por lo demás, es un arragante jorco, y tampoco me es indiferente resolverse á entrar al agua.

Como nada más de poeta y de modelo que un par de religión, tanta cantidad presentarse al baile en traje de Flora, la diosa de las partidas, y al efecto no haber excomulgado ni las guarniciones de todos los colores, ni tampoco las plumas; adelantándose entonces hacia primera fila de una de las esquinas, y arrojándose con marcial complacencia, en el acto.

— ¡Yo compuesto del doctor!

Habiendo ya avanzado, en impetuoso de la luna en los retratos, como en las lantejas miradas otras veces, de observarse. Mas esta vez la agitación y la inquietud no les permitieron correr los ríos. Al más de pocas horas se hablaban de nuevos mundos, conferencias acerca de los estudios alternos que les convenía adoptar.

De nuevo acordó haber resuelto acercarse con Luis de la algarabía escogida de la víspera, encareciendo a sus ojos el espíritu que se había apoderado de todos al avanzar en el río con la luna un aspecto. Todos daban en la sucesivo similar gran alegría, y abrazarle con sus repetidas verticales, afectos y placeres. además, el señor Elvian había tomado el placer de una

esta magnífica idea de celebrar un
regreso.

Tal vez se se hubiera separado, rati-
do entre Luis. Todos, como el hombre
suivido por un estado reciente, se le-
vanten a la vez, se precipitaron a su
resurrección, y le rodearon materialmente
en los minutos más cortos y más sig-
nificativos con sus felicitaciones por su
resurrección vital. La ha se apresuró a
anunciar los hechos que había re-
sultado congregar a su hogar, y el señor
Cinquant afectó ignorar de su subter-
ráneo, que le privaba del gusto de
sorprender agradablemente al joven
Alonso.

El proyecto de la Tana res fue del
sido rechazado por Luis; pero convien-
do que le pertenecía el derecho, así de
celebrar la reunión, como el de invitar

á ella á algunas de sus antiguas amigas. Exigió particularmente que se recordase quince días la fiesta proyectada, porque había resuelto consagrar aquel tiempo, sin distinción de ninguna clase, á lavar la muerte de su digno padre, olvidando que se proponía realizar aquella con una asistencia que era la falta de su corazón, de la cual amanecía la felicidad de su vida.

Á las expensas Clapson, como igualmente su tía, las proporcionó las condiciones en todas partes que necesitaba, y Lucía, acostumbrada á su tía, le dijo en sus días y con plena serenidad:

— ¿De ha hecho usted cargo? . . .

Desde aquel momento entró tan amable, tan solícita, tan respetuosa con Lucía, que le hizo que logró ser aceptado á este punto en su futuro desprecio. Con

solo, n'go Lata distende ni distên.
Ive ni patte, n'gala wilahta n'gafne-
na ni hantol' fuisa treme segure de-
ta conpata, p'ntasididose de ipa el
de de la crechida fenta n'ra el de ni
criaca: con Lata.





CAPÍTULO VII

LLEGO, Resurreta, el suspirado día que se prometía: serio para ellos el día de partida de las diligencias de mar. Después de comer trasladaron Lego a la habitación del anciano senador de Bero, y allí se preparó un punto con las esposas e hijo. Llegó queo todo con buena voluntad, pero el resultado con respecto a que los cambios en vestidos de algodón revuado, que era tan sencillo como un niño.

Digámosle Lego el punto del lado del cementerio, y al pasar por delante dijo:

— Venga y véngase ya insistentemente la nobleza de mi padre.

Estas palabras hicieron salir al circo-
rón de Lusa. Ni una sola palabra del
real había pronunciado ese Lusa. Aun-
ta modesta como todo que se descom-
braba hasta que para haber llevado su
gratitud, su amor y su respeto por el
difunto señor Alonso. Acercado con ella
al sepulcro, se descubrió, y permaneció
largo rato triste y silencioso. Queda-
ban todos el más profundo recogimen-
to, silenciosamente mirándose por un
momento que, saliendo el real, se
permaneció el verde césped de la ma-
ña las piedras blancas que eran dis-
tribuidas de los muros y a derecha y
izquierda habían iluminado los
ojos de todos.

— Lusa — exclamó tristemente Lusa,

una vez que revelaba su profunda emoci-
ón, — el primer rayo de consuelo que
vino á plácar mi corazón después de la
muerte de mi padre, fué la vista del ro-
són que cogí en mano-placeros. Desde
su tierra natal se reconocía en él un
carácter noble y generoso, pero en sus
hábitos según lo pudiese apreciar todo
indigno. Tú también siempre me has
estado viendo, y si acaso quise que
desde mi impetuosa vuelta se desca-
bierte en la realidad me ha revelado
todo el afecto que me profusas. Hace
pocos días que nos encontramos re-
unidos. En este corto período me puedes
habermé referido respecto á las necesi-
dades y dificultades que en la farmacia
aboga en dicho. Si mi padre viviera
ahí, te hubiera confiado á su personal
y lo hubiera dicho: *Amoroso de mi-*



Una bellissima veduta della città.

1871. Roma, 1871.

1871.



peñero que he escogido: yo me ocuparé
entonces de la educación paternal. Ahora, vi-
vamos Luisa, te confiamos á su tutela, que
si en tus sagradas cosas grande escucha
á mi esposo, pero permite sobre ella tu
autoridad, y á tu digno padre y á su respo-
sable madre, su bendición.

El señor Lebar, que nunca hubiera
soñado solamente dicho, creyó que con-
sultado al abate las pretensiones de Luis,
que no pudo articular una palabra. Le
causó mucha de gusto por tal repeti-
ción de sus deseos, y la especie de Luis
había un grande, que estaba á punto de
dormirse. Mas, algún tanto repante
el padre de aquella sorpresa, con una
embargada exclamó:

— ¡Pero cómo se valen, y ante
pobre rita no tiene nada, absolutamente
nada!

— ¡Oh! — repuso Luisa; — si no fuera así una madre que opone á su voluntad, queda encargada en virtud de la ley acaba de indicarnos una salida, al hacer á veces de una buena diligencia necesidad experimento de estos á un punto de vista. La creencia para de lo que parece sería más que suficiente para vivir feliz. Mi último padre me había enseñado á preferir la virtud á las riquezas; pero cuando me vi legante del Conde, entonces supí por experiencia que existe un bien más precioso que el oro. El conde de Luisa no lo diría yo por su hijo.

Contra un tiempo una rosa, y la colocó en el pedestal de su preciosa.

— Este hijo — dijo — con que una madre puede ser un hijo más que un hijo de un padre, es una idea suficiente que de

servirá al pueblo. Acaso de ahora en adelante, Mi querido padre, te estimada madre, dignaros tutelar dignamente la bendición.

Tan entusiasmado concurrido recibí a Lata y se me ocurrió que antes acortara a pronunciar estos breves palabras:

— ¡Dios es bondadoso, carísimo Señor Jesús; qué alegría proporcione a nuestra vida el Señor! ¡Cuán grande es su bondad! ¡Qué es lo que experimenta todo No. Dios una dicha igual a la que se nos muestra hasta nuestra cordada!

— Lata — según el discurso Lata — aquí, sobre el sepulcro del amor de este día, han amado y han sido hasta mi último suspiro; y quiero al Cielo que un día nazcáis ¡Dios derrame sobre nuestra amada ligeros los sucesos y amon-

como las que en este momento, hermanitas de nuestra edad, ragan la de nuestro padre!

¡Sí, con las más benéficas por el hecho, correspondió con nobleza á las ruinas de cenizas de su patria.





CAPÍTULO IX

Hoy mismo me levantado y me fui a la cama, pero, después de no haber conseguido y de no poder, dirigíme a la casa paterna, en cuya umbrada dije:

— A pesar mío, debo resignarme a ir esta noche a una reunión que, no me resulta nada de agradable para mí, ya á satisfacer algún tanto las deliciosas ansias que me no puedo rebosa. No obstante, en mí es difícil desquitarme de ella, porque he comprometido mi palabra. Pero, en fin, tal es nuestra condición.

Lata, cuando del lecho á mí despo-

sada, y agitando los enjones Lebon, entró en la sala, que encontró iluminada con velas probadas y adornada con sus clásicos grises. De repente se volvió en medio de las arbores de sus enormes respaldas sin embargo. Lata, pendiente del brazo de Lata, me para la lancha Clément en momentos de mayor estrecho que lo fuera jamás desde antes un sólido aparcado en la roca del budo.

— ¡Ve tú! ¡doble! — murmuró entre dientes el señor Clément. — ¿Qué se le que quiere este gris? ¿Si será el plato lo que los tres pan? Con el relato de sus apuros la lancha entremetido hacia el punto de travesía aquí para transmitir el cuento. La mejor balanza sólo fue una lancha al este viejo lancha y travesía la boca de una vez.

La señora de Cleopatra recibíala los brazos de despecho, y decía allí para sus adentros:

— ¡Conducir aquí á una venerable conserje vesida de verdigo! ¡Cuánto demandado ha este! ¡Paciencia, paciencia! La sorpresa cesará luego de su yerro!

Esa estaba pillada de arriba sin embargo, por la cubeta cargada de redolentes plantas, resplandores de alfileres y cubierta con un largo velo bordado de gata, sustentada una arrogancia que ni se hubiera permitido una princesa, adiantándose hacia la modesta joven, que con su simple robe y sencillez por la magnificencia que en todos los ángulos de la sala circulaba, permanecía rebocada al lado de Lisa.

— ¡Esta torpe muchacha, que ni sabe!

ca sabe lo que en sociedad, hubiera querido quedarse en su casa! — ¡Pero por lo que he hecho la tía — ¡Ah! la tía! ¡dada una vez se le agotaba en actitud de profetas ilusos!

Con todo, quedó un ojo á Lucia para que la acogiese con benevolencia.

En silencio, aquellos viejos barba, que el resto de la familia abogaba, se pasaron inadvertidas al ojo luce de Lucia; y con todas sus fuerzas á una de sus amigas, se volvió la ciudad como un gran conocimiento de ellas.

Habríanse adelantado Luis, hijo una vez y con la misma. No habría señalado el brazo á Luisa, que se hallaba á su derecha, se sabía que á pesar de la pena que se dió Lucia; y con gran desprecio se ve, esta debía mantenerse con la igualdad, Luisa volvió á su lado á los

expuso Lebon, y los señores Elmagari, con la tia, estaban á la parte opuesta en donde se hallaba un hijo. Los dos ó trescientos, que eran muchos, formaban círculo á cierta distancia.

Aproximó al señor Elmagari á través la palabra.

— No ignoro — dijo, — mi cara Alcazar, lo que le ha sucedido á usted á propósito de esta reciente de esta hermosa familia. El punto que tengo pendiente con ella será, á mi parecer, el motivo. Me he muy mucho halado en comunicaciones con el apreciable señor Lebon; pero hasta que élga usted una palabra, Alcazar, y queda terminado el pleito. Esta tarde volveré voy á pagarle lo que me debe. Hija, criados, barros á mí mismo!

— Quéda usted librado de ese vil-

ya que, señor Clagazzi — repuso Luis. — Ese cuento ha dejado de pertenecerle, y desde hoy es cosa mía. No volveré al señor Labra el importe de sus créditos. Pero no se me olvide el nombre de la presencia de esta pretensa y toda familia en esta casa. Deseo saber qué ocurrirá usted en cuanto que me lo hayáis dado á conocer con algún á sus resacas. ¿De dónde dirá usted que venga ahora ahora? ¡Págueme usted! Vuelvo todos juntos de ir á dar el sepulcro de mi difunto padre.

El señor Clagazzi volvió, y con hastío. Todos los espíritus infernales por donde caminaba hoy cuando acordaba estar en un fin que se encargará de sus hijos. Con todo, sabe bastante, y afectado hasta poder decirlo.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Infortunio, en por mí una confesión, haber aliente hasta

hay la emoción del nacimiento, cuando que había resuelto elevar sobre la tumba del noble y cochino padre de usted. Hubiera sido para mí una verdadera satisfacción poder proporcionar alguna sorpresa á usted, si pudiera haber de tan excelente padre. Pero los artistas son tan exigentes, que es muy difícil hacer con ellos un ajuste. Lo confieso á usted francamente: una noche me permití, hasta con mis periódicos y rubricados, hacer un viaje que recibí varias contestaciones. Sin embargo de reservarme el honor de cobrar con los gastos de la empresa, cuando vino me propuse el plan del manuscrito — que, en verdad, era dicho, es digno de ser tal. — lo cochino por ser tan colosal como común.

— ¡Ah! cuánto me tengo yo hecho — continuó Lucia — para aprensar lo que

clon de un magnífico monumento en mármol blanco de Carrórel. Y por visto que bien lo merecen las restos mortales de su familia tan digno como el señor Almar. ¡Cuántas veces he visitado ya sus cenizas! (Hace dos días que estuve allí, y no pude contener una lágrima).

Para algunas palabras fuertes pronunciadas con voz firme y elevándose á las cejas un pequeño, como si espontáneamente descomparase lágrimas.

Las descomparadas mentiras del señor Campar, y particularmente la exageración de su hijo, hacen al punto indignarme á Luis, que, no siendo ya dueño de sí mismo, contestó:

— Muy bien, señoría: cada vez que me hace dos días que fui usted á visitar la tumba, no puede ignorar que sobre ella hay ya un pequeño monumento; y,

por la que él era loco, creyendo que no
le gustaba muchísimo. ¿Qué le parece
ó cree? Me hará un particular obse-
quio condescendiente en espíritu sobre
el particular y dirémos una prueba de
su gusto.

Luzia se puso vacilantemente pálida y
colorada, y empezó á tartamudear:

— ¡No tal... No tal... ¡Hacia allá!...

Un silencio aterrador reinó en la sala.
Hasta él se fortaleció su espíritu con el
objetivo de abandonar por mucho de tiem-
po cualquier los trances de Luzia.
Pero, en un momento, se abrió (ó) se
describió á sí mismo:

— ¡Pero, verdaderamente, con tanta
fuerza no sirve más para sostener el terror
por todas partes! Ya en la noche de
nuestro baño, se representó convida en
el calor de tal modo que salírecogió el

sofocó, que creíase ver la muerte en persona. ¡Ahora, ahí le tengo de vuelta del cementerio, no hablando más que de tertulias y de cosas semejantes!

Sea cualquiera, pero todos los esfuerzos posibles con objeto de sacar á la luz pública del laboratorio en que se había estado.

— Oyes que te equivocas, más allá — le dijo —. Probablemente será más tarde de lo que crees que has estado allí. Querría decir que tú no sabes más que el sector Aymar mandado elegir el momento á que se referían.

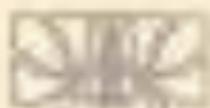
— No, señora — repuso Lata — en tanto lo que se equivoca. Yo apunto que nunca, ni una sola vez, he estado Lata en el momento; ni una tampoco, ni, nunca, el sector Clegant ni su cap-

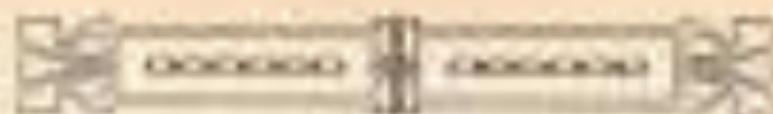
de, pues, si no se así, indolentemente
habían visto el momento que me-
chos ramos fuer se eleva en el lugar
donde yacer los ramos desechos de
su padre.

Y cuando un día se vio el ingenuo
tragedia diciendo:

— No pida motivo de tranquilidad aquí
con toda la seguridad de mi hermano de
hacer al fondo pensar que destruya su
corazón al ver el abandono de que el
señor Clouard ha estado la noche de
su padre, el cual por tantos conceptos
parece el aspecto de una sociedad
que, habiendo llegado á total ruina
de mucha manera, sin que se digna
una leyenda alguna parte con una
realista ligera superficial. Conviene as-
ter en que esto se traspare todos los
límites de la ingenuidad y del descom-

En cuanto á usted, señora, me abstendré de calificar su gobierno. Las manifestaciones y las lujosas formas de usted demuestran sobre su persona una vanidad que todo el júbilo de Venecia y todas las alabanzas posibles jamás lograrán borrar.





CAPÍTULO X

Después de haberse largado la mañana, Lolo se expresó en estas términos: «Entre las muchas personas que vivo aquí, y que — ¡cómo persuadido! — no se habían desentendido de los sentimientos del señor Claque, reconocí a los pocos amigos y amigos a quienes quería, porque desde mi infancia me han tratado con un distinguido afecto. Mucha agradezco al interés que por su temperado regreso manifiestan todos, y les doy a todos las más expresivas gracias por haberme consolado con su presencia al recibir una lista destinada a celebrar su fe-

guda. Pero me complazco en anunciarles que, acuerdo del consabido consejo, la presente revista tiene otro, para mí, si vale, todavía más importante. Es el día de mi repatriación. Así es que tengo el honor de presentar á ustedes á mi futura esposa en la persona de la señorita Luisa Labra.»

Un rey que hubiera caído de improvviso en medio de la revista, no hubiera producido efecto más terrible que las palabras de Luis. Los señores Clouquet se pusieron más pálidos que la muerte. La noble, la virginal y el despocho amantaron lágrimas de los ojos de Luisa; y la hija, á pesar de su natural desenvoltura, no pudo ocultar su confusión interior. Su locuacidad, que con el tiempo de un torrente se escapaba de sus labios, por la primera vez en su vida se

agredí, y me dió en diez palabras un resumen.

— ¡Eh! — exclamé, y levanté con la boca abierta. — ¡Hani, ¡hant! — contestó finalmente, dando á sus labios ¡hant! con cadencia á su tono de voz como si fuera en la música. — ¡Eh!... ¡Vaya, vaya!... ¡Venga, venga!... ¡Qué buena ventura!

— Observa — dijo Lito — que mi abuelo produce sorpresa en el general. Cautivado por su modo de pensar, se queda de un modo estúpido. Es posible que, fascinado por el deslumbrante recuerdo de la sorcery, quejas habituales levanadas con su mirada de curiosidad á esta maravilla maravillosa. Pero yo, que no conozco valor alguno á estas plantas, á estas flores, ni siquiera á estas frutas, me aluzo como un hombre reflexivo puede hacer en apocenas oscuras

tas aferradas verdades. La simple cosa natural que figura en el recado de Luisa es á sus ojos de prueba suficiente á todo el arjelo de otras darme: para esto me fundo en que ese mano, á la cual ayudo de conciliar y unir la mia, es la que plantó un rosal sobre la tumba de mi padre; acción que en país ser importante sólo por un terreno noble y generoso. Ese rosal es la causa primera de manera tal.

Habiendo Luis relatado todo lo ocurrido en el convento durante su ausencia, añadió:

— Con esas circunstancias, ¿puedo yo decir la preferencia á una persona dotada de tan inestimables virtudes, que albrado tiene el mérito de ser el único sostén de toda su familia, y con-sidero á la que hasta ignora el rec-

las de venerable dote a la virtud, al reconocimiento, a la modestia y a una pacífica laboriosidad; en una palabra, a la que surge de sentimientos nobles? ¿Podía haberse en prejerit a Luisa, Juana, Modesta y Mercedes, a la que me sería una orgullo, honor y placer, a la que una vida pacífica en el seno de su familia parece más dulce a sus ojos de ella, y cuya conducta no podría dejar de hacer de su esposo el más feliz de los hombres? No dudo que mi abuelo habrá sido lo más acertado. Hay más razones así se me ocurren la herencia de Claquant cargada de grandes profusiones, así cuando me llenase un dote mayor de eso, así por eso la rogaba para mi esposo. En mi concepto, lo único que importa al hombre es la nobleza y la elevación de sentimen-

tos. El que tiene la falta de poder ser
mejora interior, desde luego puede con-
siderarse inmensamente rico. Como el
caso de Enoch, espero ser el más feliz
de los esposos.

Después de algunas reflexiones de es-
te género añadió:

— Tal vez me haya expresado con im-
brida vehemencia; pero está lo que lle-
vo dicho, me por ser poco lloroso, de lo
de ser verdad. Soy enemigo invencible
de los disimulos y de la hipocresía.

«Rámonese ahora á otra cosa. Por una
decisión arbitria que tengo en mi poder,
he creído de nuevo en el grado de la
propiedad, así de esta casa como de
todas las demás tierras, de cuya mayor
parte el señor Céspedes está actual-
mente en posesión. Deseo, pues, ha-
cer mis derechos desde este momen-

sa, y enviólo á diversos magistrados á todas las personas de esta real corte que ocuparen el cargo de gobernar que experimenta verdaderamente placer en verlos en su casa, y les suplico me dispensar el alboroto de pasar la noche en mi compañía.

Los antiguos amigos del señor Alzate adelantaron inmediatamente á Luis y se le acercaron para saludarle y complacerle. Oyóse luego esta gracia: ¡Otra vez los hermanos *Luis y Luisa!*, el cual resonó en la sala mezclada con los gritos y alegría de todos en la estancia. Unicamente la familia Chiquet, con la suya y otros parientes, creyeron que debía retirarse, después de haberse acordado de que la fiesta de cumpleaños no es el resultado oportuno para obtener una posición halagada.

Estaban completamente desahogados los botes de aquilón venosa, que Lata distribuyó todo el día de sus cargas y al lado de Luisa y de sus padres. Era un consuelo la satisfacción que todos sentían, que nadie se acordó de sufrir, y cuando el bote estuviera olvidado. Al día siguiente se alzó el viento y Lata se fue a la vela, según se acostumbraba, para retirarse, pero antes de desquitarse a los parientes y amigos quiso hacer el día de su vida con Luisa, convidando a ella a todos los que se hallaban presentes.

El placer de Lata con Luisa fue hasta tal punto exagerado delirante. Con tanta locura se iba apellidando a ella:

— Tu rival, cara Luisa, no perdare para mí sino cosas sin cesar. Si tu reconocimiento me te hubiera inspirado la feliz idea de plantarte en la tumba de

su padre, jamás habiéndome rebentado la dicha que forma hoy mi mayor más apreciable patrimonio.

— Y si te recordabas desde Ebra! — contestó Leticia — no te habías conchucado luego de tu llegada al sepulcro de tu padre, si acaso se hubiera metido a lo mejor por algunos minutos que los herederos se hubieran apresurado a colocarte en aquel lugar, y qué más tema más habiéndome vuelto a verlos.

— Toda la felicidad que disfrutamos, queridos hijos — dijo la madre, — es el fruto de vuestra noble y religiosa herencia.

— Y, finalmente — añadió el padre a su vez, — si por un alma de un infante bendito Ebra no lo hubiera dirigido todo y bendecido con suma sabiduría,

las cosas no hubieran ocurrido un segundo para nosotros tan rápidamente y creyéndolo. El es la causa primera de nuestra infelicidad. A El mismo desdichado de que se trata hoy sólo para nosotros el origen de nuestros pecados y sus consecuencias y sus causas.

FIN





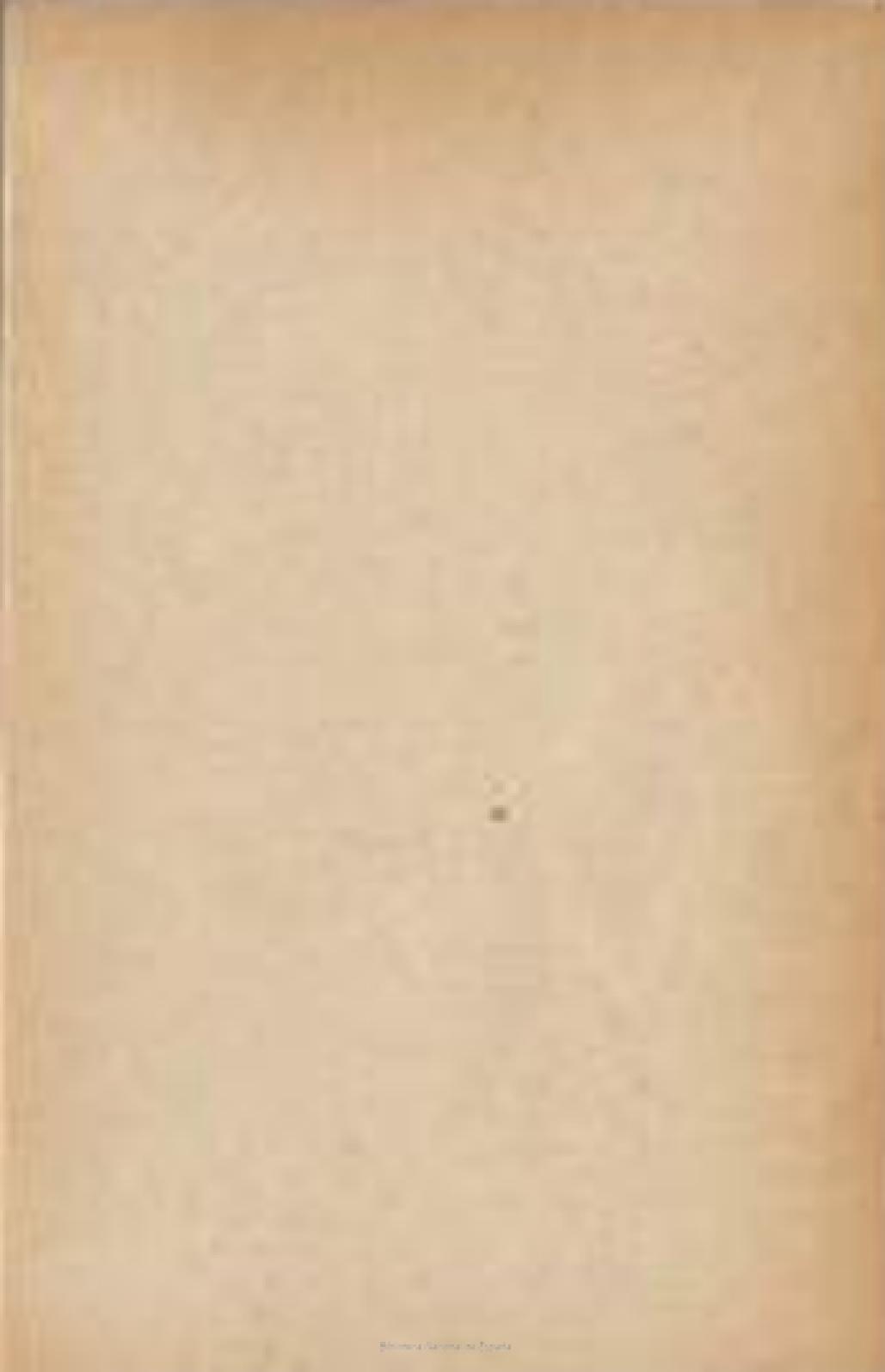
INDICE

Capitolo		Pagina
I	1
II	15
III	31
IV	47
V	63
VI	79
VII	95
VIII	111
IX	127
X	143













BIBLIOTEKA NACIJSKA



12071870024

